

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Un viaje por la Raya

el paseo litinerantes

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

José Ramón Alonso de la Torre

Un viaje por la Raya

El itinerario completo
por los 1292 kilómetros
de la frontera hispano-portuguesa

Epílogo de César Rina

Fotografías de Esperanza Rubio

el paseo, 2021

© José Ramón Alonso de la Torre Núñez, 2021
© del epílogo: César Rina Simón, 2021
© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2021

WWW.ELPASEOEDITORIAL.COM
Colección ITINERANTES

1.ª edición: mayo de 2021

© Fotografías: Esperanza Rubio

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL
Cubiertas y maquetación: Jesús Alés (www.sputnix.es)
Corrección: Deculturas, s.c.a.
Impresión y encuadernación: Imprenta Kadmos

I.S.B.N. 978-84-949760-0-1
DEPÓSITO LEGAL: SE-825-2021
CÓDIGO THEMA: WTL; WQ

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

Contenido

PRIMERA PARTE

DE AYAMONTE A BARRANCOS

Capítulo 1: El país de al lado	13
Capítulo 2: El ferri del Guadiana	15
Capítulo 3: Vila Real: el pueblo perfecto	19
Capítulo 4: Castro Marim y la leyenda de María	22
Capítulo 5: De Alcoutim a Sanlúcar en barca taxi o en tirolina	26
Capítulo 6: Mértola, puerto fluvial del Alentejo	31
Capítulo 7: Minas de São Domingos o la poética de la desolación	37
Capítulo 8: Paymogo, el país del mago y del poeta	40
Capítulo 9: Serpa, símbolo de Extretejo, el país que no pudo ser	42
Capítulo 10: Vila Nova, Vila Verde, Rosal y las cosas de la Raya seca	45
Capítulo 11: Aroche, el pueblo inesperado	47
Capítulo 12: Las contiendas del sur, un territorio indefinido	50
Capítulo 13: Barrancos, el pueblo más «portuñol»	52
Capítulo 14: El Schindler portugués	54
Capítulo 15: Represión en la frontera	57
Capítulo 16: Una boda portuguesa	58
Capítulo 17: Comer en Portugal	60
Capítulo 18: El «Esquina», en Barrancos	61
Capítulo 19: Explicando Barrancos	63
Capítulo 20: Estrela: Ibiza en el Alentejo	64
Capítulo 21: Moura y el Gran Lago de Alqueva	65
Capítulo 22: El cartero de la Raya	66

SEGUNDA PARTE

DE VALENCIA DEL MOMBUEY A SABUGAL

Capítulo 23: Valencita la Quemada	69
Capítulo 24: Restaurante «La Raya», en Valencia del Mombuey	70
Capítulo 25: Platos extremeños lujosos y recios	72
Capítulo 26: El Perigallo, personaje rayano	73
Capítulo 27: São Bartolomé do Outeiro: la calma del Alentejo	76
Capítulo 28: Viana do Alentejo: devotos de Cunhal y de María	77
Capítulo 29: Cuba, patria alentejana de Colón	79
Capítulo 30: Veracruz de Marmelar: el pueblo de los exorcismos	81
Capítulo 31: Beja: el toro valiente y la monja enamorada	83
Capítulo 32: La buena vida de la Raya	84
Capítulo 33: Cheles, la costa de la Raya	86
Capítulo 34: Gente tuna, poco sopera	88
Capítulo 35: Badajoz, la provincia de los desayunos	89
Capítulo 36: El Extretejo no es la Toscana	91
Capítulo 37: Alandroal: comer en «A Maria» y seguir a Saramago	92
Capítulo 38: Postales de Monsaraz y Alqueva	93
Capítulo 39: Luz, la aldea sumergida	96
Capítulo 40: La seta secreta de Villanueva del Fresno y Alconchel, el pueblo rodeado	97
Capítulo 41: De bares por Alconchel	99
Capítulo 42: Simi, el esparraguero de La Raya	100
Capítulo 43: Una bodeguilla y una tahona	102
Capítulo 44: Olivenza, para ti, para mí	105
Capítulo 45: Villarreal: comer a la orilla del Guadiana	107
Capítulo 46: El mejor bacalao dorado	109
Capítulo 47: A Juromenha en barca taxi	111
Capítulo 48: Un español que ama Olivenza	112
Capítulo 49: Un portugués que ama Olivenza	116
Capítulo 50: Al ritmo de Os Dragões de Olivença	118
Capítulo 51: El cronista de Olivenza	120
Capítulo 52: Explicar Olivenza a los turistas	123
Capítulo 53: Humberto Delgado: asesinato en la Raya	127

Capítulo 54: Táliga, la Raya de nadie	129
Capítulo 55: Vila Viçosa: el pueblo de la conjura	132
Capítulo 56: Évora: cafés, hoteles, teterías y Ze Dias	135
Capítulo 57: Estremoz, municipio de artistas y famosos	138
Capítulo 58: El cementerio de Estremoz y las «meias doses» del Venda Azul	141
Capítulo 59: Ginebras de la Raya	144
Capítulo 60: Borba, la batalla, el vino y la comida	145
Capítulo 61: Radiografía de Elvas	149
Capítulo 62: Comer en Elvas	151
Capítulo 63: Campo Mayor, algo más que café	153
Capítulo 64: O Patrão Rui Nabeiro, rey del café	154
Capítulo 65: Las rutas turísticas de la Peninsular War	159
Capítulo 66: La guerra del fútbol	162
Capítulo 67: Badajoz, marcada por la frontera	166
Capítulo 68: El Mudo de Badajoz	170
Capítulo 69: Un matrimonio mixto	171
Capítulo 70: Los fados del Badasom	174
Capítulo 71: Los «maríós» de Alburquerque	175
Capítulo 72: Comer en La Rabaza, pasear por Rabaça	179
Capítulo 73: El puente internacional más pequeño del mundo	181
Capítulo 74: La fuerte Arronches y los Moura en Monforte	183
Capítulo 75: La sierra de San Mamede	186
Capítulo 76: Valencia de Alcántara, ciudad por siempre	190
Capítulo 77: Las alquerías «dudosas» de la frontera	195
Capítulo 78: La frontera que nunca existió	200
Capítulo 79: La vida cotidiana entre Portalegre y Valencia de Alcántara	203
Capítulo 80: Mitos y leyendas de la frontera	207
Capítulo 81: Restaurantes, tiendas y gasolineras, puntos de encuentro rayanos	209
Capítulo 82: Marvão, el pueblo más alto y el mejor restaurante	213
Capítulo 83: El tren de la frontera	216
Capítulo 84: Paseando, comprando y comiendo en Marvão	219
Capítulo 85: Castelo de Vide, el pueblo de las tres culturas	224

Capítulo 86: Alpalhão y Nisa, territorio francés	228
Capítulo 87: Vila Velha de Rodão: las fábricas del Tajo	232
Capítulo 88: Portalegre, ciudad de contrastes	234
Capítulo 89: El prior de Crato	235
Capítulo 90: Los caballos lusitanos de Alter do Chão	239
Capítulo 91: Fronteira y Cabeço de Vide	242
Capítulo 92: La plaza de toros más antigua de Portugal está en Sousel	243
Capítulo 93: Cedillo: la frontera de Cenicienta y el alcalde Botines	245
Capítulo 94: El Parque Natural del Tajo Internacional	251
Capítulo 95: Castelo Branco, la capital cosmopolita	256
Capítulo 96: Comer en Castelo Branco	258
Capítulo 97: La utopía fallida de Maria João Pires en Belgais	260
Capítulo 98: Zarza la Mayor y Salvaterra do Estremo, pueblos indómitos	262
Capítulo 99: Ceclavín, pueblo libertino	267
Capítulo 100: Los cines de la Raya	273
Capítulo 101: Monfortinho: balneario y restaurantes	279
Capítulo 102: Penha Garcia, pan, fósiles y bacalao	281
Capítulo 103: Monsanto, la aldea más portuguesa, e Idanha-a-Velha, la aldea museo	284
Capítulo 104: Hoyos, el refugio	288
Capítulo 105: Sierra de Gata: A Fala y el vino	295
Capítulo 106: Comer en una «Boiga»	308
Capítulo 107: Eljas, Hollywood en lata	311

TERCERA PARTE:

DE SABUGAL A BRAGANÇA

Capítulo 108: El Rebollar, la Raya en Salamanca	317
Capítulo 109: Lageosa da Raia y el bazar de Ilídio	323
Capítulo 110: En torno a Sabugal: truchas, franceses y capeias raianas	327
Capítulo 111: Los judíos de Belmonte	331
Capítulo 112: Las cerezas de Fundão	333

Capítulo 113: Covilhã, capital de la Serra da Estrela	336
Capítulo 114: Fuentes de Oñoro, el gran mercado	337
Capítulo 115: Las morcillas de la Raya	340
Capítulo 116: Historia del ferrocarril ibérico	341
Capítulo 117: Almeida, otra villa fortaleza	351
Capítulo 118: Los Arribes del Duero	353
Capítulo 119: Miranda do Douro: comprar, comer, escuchar y admirar	361
Capítulo 120: Aliste: la Raya en Zamora	364
Capítulo 121: Alcañices, año 1297	365
Capítulo 122: Circuito rayano por Zamora y Tras-os-Montes	367
Capítulo 123: Hermisende, el pueblo rebelde	375
Capítulo 124: Couto Mixto, la Andorra que no pudo ser	376
Capítulo 125: Tres pueblos promiscuos entre Chaves y Verín	378
Capítulo 126: Celanova, Santa Comba de Bande y Peneda Geres.	381
Capítulo 127: La frontera del Miño	383
Capítulo 128: Fin de trayecto: Tui, Caminha y en ferri hasta A Guarda	386

§

EPÍLOGO:

LA FRONTERA QUE SE PINTÓ, POR CÉSAR RINA SIMÓN	391
Caín y Abel	393
Bacoco y lo que queda de la frontera	395
La frontera no siempre existió	398
La frontera hispano-portuguesa	401
Espacio y nacionalismo	404
Frontera versus Raya	407
La construcción de la frontera	411
Desfronterización y turismo	420

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

PRIMERA PARTE

De Ayamonte a Barrancos

Capítulo 1: El país de al lado

Hombres solos. Paredes azulejeadas hasta arriba, pero nada de azulejos históricos de suaves tonos azules. No. Azulejos de cocina barata, sin gracia, pero con autenticidad. Hombrones, ninguna hembra, jugando a las cartas, dando voces y mirando a las muchachas que pasan por la calle en este atardecer de uno de enero. En realidad, pasan pocas muchachas. Ya se sabe: es Año Nuevo. Pero mejor, así se paladea con más gusto cada paseo.

Hombres solos jugando a las cartas en la primera tarde del año. Estamos en Mértola y este bar de varones tiene el largo y evidente nombre de Núcleo Sportinguista de Mértola. En los pueblos alentejanos de la Raya aún quedan bares para hombres solos, bares machotes y futboleros, donde la parroquia lanza cartas sobre la mesa como si se jugara la vida en cada mano, donde reina el único dogma de fe inquebrantable en estas tierras rayanas: ser del Benfica, ser del Oporto o ser del Sporting.

Hemos empezado nuestro viaje esta mañana en Ayamonte. Antes del mediodía, cruzábamos el Guadiana en un ferri. Al estilo antiguo, en barco, como cuando pasaban por aquí los ejércitos cristianos y moros, españoles y portugueses, franceses y británicos, invadiendo y retirándose y volviendo a invadir y volviéndose a retirar en un juego interminable que ha acabado conformando los límites caprichosos de la frontera más antigua de Europa. Una raya que a veces se apoya en límites geográficos naturales, pero otras veces ha de dibujarse y desdibujarse a partir de conflictos y pormenores.

La primera etapa del viaje la hemos acabado en Mértola. Desde aquí seguiremos moviéndonos por estos pueblos, sierras y dehesas de raya húmeda y raya seca. Mértola: no podía ser de otra manera, no estamos ante una villa cualquiera, sino ante una antigua capital de Estado.

La vieja *Myrtilis Iulia* romana se convirtió en la *Martulah* musulmana, capital de reino de taifas, con puerto fluvial y población cosmopolita y viva. Aunque eso de la viveza y el cosmopolitismo fue en otros tiempos.



Muelle del ferri de Ayamonte a Vila Real de Santo António.

Sucedió cuando su puerto fluvial cartaginés, fenicio y romano era la salida principal para la riqueza agrícola de la zona, cuando fue puerto importante del reino moro de Badajoz, cuando, agonizante la navegación fluvial por el Guadiana, se impulsó la extracción de piritas en las cercanas minas de São Domingos.

Estas razones nos han empujado a fijar en esta antigua corte musulmana la base de nuestro recorrido por la frontera del Alentejo y el Algarve con Huelva. Ha sido una decisión más sentimental que sensata porque, hoy, Mértola, seamos sinceros, es una ciudad que seeste, una ciudad museo muy interesante como mirada al pasado, pero con un presente lánguido y durmiente: ya no hay puerto activo ni minas abiertas y todo se juega a un número: el turismo.

De los 26 000 habitantes que tenía Mértola hace 100 años, quedan en el pueblo poco más de 2000 y en esta tarde festiva de invierno, el único ambientazo llamativo e intenso es el de este Núcleo Sportinguista de Mértola con sus hombres, sus naipes y su curiosidad por todo lo que pasea.

Mértola queda a 67 kilómetros por carretera de la ciudad rayana y andaluza de Ayamonte (72 kilómetros por el río), donde desemboca el Guadiana y donde comenzamos, nuestro viaje por *el país de al lado...* ¿Pero qué lado? Pues los dos lados porque para un vecino de la Raya, España y Portugal no son dos naciones, sino un espacio común. O sea: El país de al lado.

Capítulo 2: El ferri del Guadiana

Ayamonte, Vila Real de Santo António y Castro Marim forman la eurociudad más meridional de Europa. Son unos 48 000 habitantes divididos entre tres pueblos diferentes que ocupan más de 500 metros cuadrados. En Ayamonte, da la impresión de que todo gira alrededor del tapeo: en un laberinto de calles peatonales, decenas de bares con terraza son un frenesí de chocos, gambas, croquetas y ensaladilla. Enfrente, Vila Real de Santo António da la impresión de ser un pueblo dedicado a las compras: en varias calles peatonales y una avenida, abren decenas de tiendas de toallas y albornoces y todo es probar, comprar, vender, pagar... Castro Marim es más tranquilo. También es más de verdad. Como no han podido dedicarse a las tapas ni a las toallas, tampoco tienen dinero para tirar las casas antiguas y edificar novedades sin gracia y se han centrado en conservar y adecentar sus fortalezas, en mantener los iconos esenciales de la frontera: castillos para defenderse del otro. En Castro Marim como en Serpa, Moura, Mourão, Alandroal, Terena, Juromenha, Elvas, Campo Maior, Ouguela y la mayor parte de pueblos portugueses de la Raya, la fortaleza defensiva marca el paisaje y la actitud.

En esta zona fronteriza, la Raya está clara: el Guadiana, un accidente orográfico que marca el territorio como pasará en otros lugares de la frontera húmeda con el Tajo, el Duero o el Miño, también con ríos menores como el Chanza, el Caya, el Sever o el Eljas. En otros puntos, la frontera es seca y menos evidente, consolidada hoy, pero sin barreras naturales, lo que facilitaba las invasiones de uno y otro lado en tiempo de hostilidades y exigía la construcción de bastiones defensivos en los pueblos de la frontera.

El Guadiana ha sido límite administrativo desde la época romana y musulmana. La actual frontera entre España y Portugal data del siglo XIII, tras los tratados de Badajoz (1267) y Alcañices (1297), aunque en la Raya onubense, habrá litigios fronterizos hasta que en 1926 se resuelva el caso de La Contienda entre Encinasola y Barrancos.

En este punto más meridional de la Raya, una cosa es la frontera política trazada en Madrid y Lisboa, y otra la realidad cotidiana de un territorio donde primaba el continuo trasiego de personas, mercancías e ideas. La complicidad con las gentes del país de al lado borraba los límites impuestos desde las capitales estatales. En tiempos de paz, las buenas relaciones de colaboración comercial se solapaban con las de enfrentamiento por el aprovechamiento de los recursos pesqueros. En tiempos de guerra, las hostilidades militares declaradas a cientos de kilómetros empañaban las relaciones entre las dos orillas.

Vivimos ahora tiempos de absoluto entendimiento, de fronteras diluidas y relaciones comerciales y sociales fluidas, así que esta mañana, antes de cruzar en barco el Guadiana, hemos paseado un rato por Ayamonte y hemos acabado haciendo lo que hacía la mayoría, ya fueran españoles, portugueses, ingleses o franceses: debatir sobre dónde tomar unas cañas y unas tapas. Los cuatro pueblos que contendieron en el Bajo Guadiana en tiempos de guerra disfrutaban ahora, junto a turistas de otras naciones, de su clima y de su encanto en tiempos de paz.

En Ayamonte, hay tres barrios históricos y un montón de urbanizaciones modernas. El barrio de la Villa es el más antiguo. Queda en lo alto, descendiendo hacia el Guadiana. En él están tres iglesias fundamentales: El Salvador (xv), San Francisco (xvi) y San Sebastián (xvi), la capilla del Socorro (xvii) y el antiguo palacio del Marqués de Ayamonte. Según bajamos, llegamos al barrio de la Ribera, el de los bares, los comercios, el ayuntamiento, la plaza de toros, la Casa Grande o de Cultura (xviii) y varios conventos e iglesias. Finalmente, tenemos el barrio de los marineros, levantado hacia 1950, un espacio muy característico con bonitos conjuntos de viviendas sociales.

El pasado pescador y conservero está siendo sustituido por un presente turístico y comercial. En ese presente nos sumergimos al entrar a comer en el bar La Puerta Ancha, que se anuncia como la taberna más antigua de la ciudad. Dentro, tinajas de barro gigantes, arcos de ladrillo visto y tapas con un toque distinto, que van más allá de los flamenquines y las coquinas. Tomamos croquetas de tinta de calamar, ensaladilla de marisco y aguacate con nachos y calamares fritos con alioli de remolacha. El postre lo buscamos por las calles peatonales. Es un paseo un tanto impúdico, como si fuéramos de visita y entráramos en las casas a la hora de comer. Cientos de personas tapean en las terrazas, no queda mucho espacio para pasear y has de ir esquivando las mesas, los paseantes y las fuentes de mojama y caballa, que no caben en las mesas y predisponen al tropezón. En una calle encontramos una heladería y pastelería muy atractiva. Su dueño es un joven llamado César al que le gusta experimentar y crear nuevos helados. Su base es el chocolate belga y el nombre de su negocio es francófono: «Comme chez toi». Efectivamente, como en tu casa, así se siente uno deambulando por Ayamonte a la hora de comer. O mejor, en casa de todos, de salón en salón, admirando la capacidad de un español para zamparse media docena de raciones sin despeinarse. Nos despedimos de la comida española por un tiempo y embarcamos en el ferri para cruzar el Guadiana como se hizo siempre hasta finales del siglo pasado: en barco.

Ayamonte: el mar como motor económico de sus 20 000 habitantes, ya sea con el turismo que propician sus playas, ya sea con la pesca. El mar

como sustento y el río como linde. Es ciudad desde 1664, cuando el rey Felipe IV le concedió este título por su trascendental posición fronteriza con Portugal y su participación en el descubrimiento de América: tres ayamontinos acompañaron a Colón y uno de ellos, Rodrigo de Xerez, fue su hombre de confianza.

Pagamos 5,10 euros por el automóvil y 1,80 por cada viajero. Nuestro coche es el único transbordado, pero abundan las bicicletas. Decenas de turistas centroeuropeos, que tienen sus autocaravanas estacionadas en un *parking* junto al Guadiana, vuelven a sus «casas» tras pedalear por Ayamonte y sus urbanizaciones playeras, vacías y fantasmales en estos días de invierno.

Desde el ferri, la ciudad se ve como una mancha blanca esparcida por una colina. No hay castillos ni monumentos singulares a primera vista. Sí que hubo fortaleza, pero sus ruinas desaparecieron ocupadas por un Parador de Turismo que, como las urbanizaciones, cierra al público en cuanto la temperatura media baja de 20 grados.

Ayamonte y su castillo ocupaban un punto tan estratégico que desde su nacimiento estaban predestinados a ser frontera. La ciudad marcaba el límite entre las taifas musulmanas de Huelva, a la que pertenecía, y el Algarve en el siglo XI. Sancho II de Portugal reconquistó el castillo en 1239 y se lo entregó a la Orden de Santiago en 1240. Unos años más tarde, la orden santiaguista hace una permuta con el rey Alfonso X de Castilla: le cambia Ayamonte y Alfayate de la Peña por Reina y Estepa. Más cambios: en 1253, el rey castellano entrega la localidad como dote a su hija Beatriz al casarse esta con Alfonso III de Portugal. Finalmente, en 1267, por el Tratado de Badajoz entre los dos Alfonso, suegro y yerno, pasa definitivamente al reino de Castilla y se establece la frontera en el Guadiana, mientras que la parte occidental del río quedaba integrada en el reino de Portugal. En menos de 30 años, el castillo de la ciudad y el territorio de su término habían cambiado cuatro veces de reino.

La ciudad y el castillo serán adquiridos en 1287 por Alonso Pérez de Guzmán, el épicamente conocido como Guzmán el Bueno, noble en el que está el origen del ducado de Medina Sidonia. Con el tiempo, en 1475, pasará a una rama menor de la casa de Medina Sidonia. Se constituye así la casa de Ayamonte, que primero será condado y después será elevada a la categoría de marquesado por Carlos I.

En 1641 sucede un acontecimiento que marcará la historia de la villa y que pudo ser más trascendental de lo que fue. Ese año, el VI marqués de Ayamonte, Francisco Manuel Silvestre de Guzmán y Zúñiga, protagonizará una conspiración nobiliaria y militar para conseguir la independencia de Andalucía. Aquello acabó mal, con el marqués decapitado en Segovia y su recuerdo convertido en leyenda fantasmal. Pudo haber

terminado de otras maneras: con la independencia de Andalucía, como sucedió con Portugal o pudo haber sucedido con Cataluña, o con la exaltación de la figura del marqués de Ayamonte a la dignidad de héroe patriótico de la Andalucía sometida y seña de identidad máxima de un nacionalismo independentista. Pero no: se le cortó la cabeza al marqués y se acabó la historia.

Dicen en Ayamonte que su espectro se pasea por las habitaciones de su antiguo palacio, que se escuchan pisadas y su silueta deambula por habitaciones y pasillos. Pero no crean que le dan demasiada importancia a estas apariciones tan siniestras. Los ayamontinos están acostumbrados a fantasmadas de este tipo: por la zona donde estuvo enclavado el castillo parecen escucharse voces desgarradas y entrechocar de espadas, cuentan que en la iglesia de las Angustias se ven personas levitando, en una casa maldita se aparece un anciano ahorcado en un árbol y en la pensión Los Robles, cuyas habitaciones son reservadas por viajeros impresionables tipo «cuarto milenio», suceden fenómenos paranormales.

Pero en el barco que nos lleva a Vila Real de Santo António no hay espectros ni fantasmas. Una leve brisa de poniente anima la travesía y el único prodigio es un tibio sol que provoca una gran emoción en los viajeros, ciudadanos del norte de Europa en su mayoría, poco habituados a estas temperaturas en el primer día del año.

El ferri se aleja con su carga de bicicletas y con nuestro coche ocupando el centro de la plataforma. La ciudad se difumina, se diluyen los perfiles de su mancha blanca y uno imagina un ejército de 10 000 hombres esperando al pie de su castillo (o de su parador) para entrar en Portugal a someter las ansias independentistas lusas, e imagina al marqués dando largas a la invasión por ver si llegan en su ayuda las flotas de Francia y Holanda para así cambiar el objetivo y, en vez de sojuzgar la rebelión portuguesa, unirse a ella y proclamar la independencia de Andalucía. Ajeno a estas ensoñaciones enfermizas, el barco arriba ya a Vila Real de Santo António y se borran los recuerdos de Ayamonte, de su palacio, del imaginado espectro del marqués, decapitado, lamentando eternamente haber sido traicionado por el duque de Medina Sidonia.

Atraca el ferri. Desciende la pequeña compuerta. Los viajeros cogen sus bicicletas y pedalean hacia sus autocaravanas. Nosotros arrancamos nuestro auto y entramos en Portugal. Un hotel decadente y romántico llamado Guadiana es la imagen que preside la fachada fluvial de la ciudad. Aparcamos junto a él, admiramos su arquitectura *art nouveau* y nos disponemos a conocer el otro lado de la frontera.